

La guerra y la política: una mirada desde Michel Foucault*

María Teresa Uribe de Hincapié



Instituto de Estudios Políticos
Jefe Unidad de Documentación

En este texto se discute un tema que, a mi juicio, es crucial para Foucault y que adquiere relevancia en contextos turbulentos y violentos como el Colombiano: *la relación entre el poder y el derecho*. Una relación en medio de la cual emerge *la guerra* como eje imprescindible para entender el devenir de las sociedades modernas.

Sería necesario advertir que muchos de los textos en los cuales Foucault aborda la pregunta por la política, el poder y el derecho, no fueron escritos directamente por él; fueron más bien el resultado de notas y grabaciones logradas por sus alumnos, tomadas durante el desarrollo de un seminario dictado por el autor en el Colegio de Francia entre 1975 y 1976, y publicadas posteriormente. Entre esos textos se encuentra *La Genealogía del Racismo*, que servirá de base para las reflexiones que se presentan a continuación.¹

El tema de la relación entre el poder, la política y el derecho, podría pensarse como una continuación lógica del itinerario intelectual de Foucault; como un despliegue de sus preguntas en torno de las genealogías de los saberes y los poderes; como un desarrollo de sus asertos sobre la condición de los discursos y los relatos en la configuración de los objetos que analiza y

* El texto es una adaptación de la conferencia presentada en el foro "Michel Foucault: a diez y ocho años de su muerte", celebrado el día 24 de junio de 2002 y auspiciado por la Facultad de Derecho y el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

1 Michel Foucault. *Genealogía del racismo*. Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1992.

no como simples descripciones o aproximaciones a dichos objetos. Pero además de continuidades, en estos textos de su última época también se evidencian rupturas, giros o –como él lo afirma– virajes en relación con unas búsquedas que venían centrándose en *la disciplina* y que ahora pasaban a nuclearse alrededor de la guerra.²

Para abordar esa difícil relación entre poder, política y derecho, el autor empieza poniendo en cuestión lo que la economía política y la tradición jurídica han tenido como fundamentos del poder. Y a pesar de sus diferencias, encuentra que ambos discursos poseen un referente común que él no duda en llamar un *economisismo en la teoría del poder* que se traduciría, para la filosofía política y para el derecho, en que allí se piensa el poder como una magnitud, como un *quantum* que se poseería como si se tratara de un bien cualquiera y por tanto susceptible de ser transferido, intercambiado, cedido a otros total o parcialmente, mediante actos jurídicos previamente establecidos y normativizados.

De esta manera, el poder estaría fundado en un contrato originario mediante el cual los eventuales detentadores de la soberanía la entregarían a un tercero para que éste rigiera los destinos de un colectivo determinado, instituyendo de esta manera el Estado moderno. La tradición filosófica y jurídica estaría pues sustentada sobre algo así como una economía política del poder. La economía política y más específicamente el marxismo, aunque no compartiría los enfoques jurídicos, coincidiría con estos en la noción según la cual el poder tiene su fundamento y su razón de ser en las relaciones de producción, y su función fundamental sería la de mantener, reproduciéndolas, las condiciones de su propia existencia; es decir, de su propia razón histórica.³ Este *economisismo del poder* es precisamente lo que Foucault pretende criticar; su propósito es construir una aproximación analítica al poder que no se sustente en la economía, en los intercambios, en las transferencias y las circulaciones, y que permita dar cuenta de la manera como un tal poder se relaciona con la política y con el derecho.

Para desarrollar su tarea, el autor empieza anotando algunos presupuestos teóricos que, desarrollados ya en otras obras, devienen imprescindibles para la discusión que ahora se pretende. Vale la pena recordarlos:

2 Michel Foucault. "Erudición, saberes y objetos". En: *Genealogía del racismo*. Op. cit., pp. 17-20.

3 *Ibid.*, p. 30.

- La concepción del poder como acción, como práctica; y no como algo que se posee sino como algo que se ejerce.
- La concepción de poder como un principio relacional: el poder se ejerce en un campo de fuerzas dispares y contradictorias, y está determinado en cierto modo por la correlación que exista o que sea posible desplegar entre esas fuerzas.
- La concepción sobre el sentido o el propósito del poder. El poder estaría orientado a reprimir, a disciplinar, a controlar y a garantizar obediencia y sumisión. El poder habría que analizarlo en términos de lucha, de confrontación y por su puesto de guerra.⁴

Estos presupuestos son los que le permiten a Foucault formular tres hipótesis centrales que guiarán su trabajo de indagación posterior; hipótesis en las cuales la guerra pasa a ocupar el lugar estructurante de toda la reflexión:

- El ejercicio del poder, su mecánica, sus lógicas y sus gramáticas tienen como objeto la sumisión o, en otras palabras, el establecimiento de un mandato de obediencia.
- Desde esta perspectiva, el poder es guerra; una guerra perpetua y continuada por medios diferentes. Esto implicaría –para el autor– una inversión de la fórmula de Clausewitz según la cual la guerra es la continuación de la política por otros medios.
- La instauración de la política, el derecho y la ley, no implican la superación de la guerra, sino más bien, la inscripción más o menos permanente de las relaciones de fuerza en el contexto de lo institucional; o, en otras palabras, la política y el derecho serían la sanción y el mantenimiento de las fuerzas que se manifestaron en la guerra; esto es, el mantenimiento de la relación entre vencedores y vencidos.⁵

Estas hipótesis ponen de presente varias cosas: a) que Foucault ha encontrado un fundamento no económico para el poder; b) que ese fundamento es la guerra; c) que él no piensa las órbitas de la guerra y la política como mundos separados y diferenciados, recíprocamente negados o excluidos –tal

4 Michel Foucault. "Poder, derecho y verdad". En: *Genealogía del racismo*. Op. cit., p. 39.

5 Michel Foucault. *Genealogía del racismo*. Op. cit., pp. 35-49.

como lo pensara Hannah Arendt por ejemplo⁶; y d) que la guerra es el eje estructurante de la política y del derecho, lo cual explicaría sus mecánicas, sus lógicas, sus gramáticas y sus formas de expresión y manifestación.

La guerra –en el pensamiento de Foucault– no sería visible en los Estados modernos contemporáneos, que viven lo que él llama una “seudo paz”. Por el contrario, la guerra será entonces opaca, imperceptible, silenciosa; pero allí está, palpitando detrás de todo el discurso filosófico que legitima el estado de derecho; existiendo detrás del contrato social; sustentando leyes y códigos; amenazando con hacerse visible de nuevo, con regresar y hacerse presente en la sociedad cuando cambien las relaciones de fuerzas y las tensiones sociales en un espacio determinado.⁷

Esto quiere decir que, para Foucault, *la guerra funda orden político y funda derecho*; pero no sólo los funda: también los mantiene. A través del derecho y de la política se garantiza la sumisión de los vencidos y la obediencia de los gobernados; solo cambiarán los lugares, los procedimientos y las maneras de la dominación–sujeción; cambiarán los discursos sobre el mando y la obediencia. Aún más, si se tratara de escribir la historia de la paz, no podría hacerse cosa distinta de escribir la historia de la guerra.

Con base en estos presupuestos analíticos, Foucault examinará lo que podríamos llamar la tradición o la historia acumulada de todo lo que se ha dicho en torno del poder, la política y el derecho, y llegará a *una primera síntesis* según la cual existirían dos grandes sistemas de análisis del poder:

El primero sería *el de la filosofía política* cuyo origen sitúa el autor en el siglo XVIII, o en la edad de oro; estos filósofos habrían pensado el poder como derecho originario que se cede por sus poseedores para fundar la soberanía y suscribir el contrato social; contrato que sería la matriz o, si se quiere, el eje estructurante de todo el poder político. Este poder, así fundado, no sería represivo pues procedería de un acto voluntario y racional de los sujetos sociales. Y podría ser opresivo, o tornarse opresivo, cuando supere y desborde sus propios límites; cuando trascienda las fronteras trazadas por la ley y definidas en el contrato; es decir, cuando niegue el mandato soberano otorgado por los ciudadanos, cuando se convierta en tiranía; pero de no ser así,

6 Hannah Arendt. *La condición humana*. Barcelona, Seix Barral, 1994, p. 233 y ss.

7 Michel Foucault. “Poder, derecho y verdad”. *Op. cit.*, p. 45.

el poder se confunde con el derecho cuyo propósito principal es el de evitar la violencia y conjurar la guerra.⁸

El otro gran sistema de análisis del poder es el que Foucault llama *el de la guerra-represión*. Éste sería el de la reaparición de la guerra en la escena pública, con todos sus desafíos al poder establecido, para instaurar una nueva correlación de fuerzas, un campo de tensiones desequilibrado al cual se opondría la represión como manera de volver a unos mínimos niveles de equilibrio.

Foucault se siente partícipe y de alguna manera tributario de este segundo sistema de análisis. Sin embargo, lo considera insuficiente en cuanto no se ha logrado desentrañar la naturaleza de la guerra, sus ritmos y sus tiempos; sus gramáticas, sus narraciones y discursos; los mecanismos de poder que pone en ejercicio. No sólo por lo que significa la guerra en sí misma como forma límite de expresión del poder sino, ante todo, porque la guerra precede a la política y al derecho y porque los explica, y porque es desde allí, desde la guerra, como se pueden descifrar los ordenes políticos y los jurídicos. En otras palabras, ese segundo sistema de análisis será insuficiente porque no entiende la guerra como un estado permanente, como *guerra perpetua*.⁹

De allí el giro que Foucault propone para sus indagaciones: giro de lo disciplinario a lo bélico. A su juicio, centrarse en el análisis de la guerra sí que permitiría descifrar la naturaleza del poder político y encontrar el principio de inteligibilidad del derecho y de la ley; pero aquel giro también permitiría examinar con otra luz y desde otro lugar lo que él llama *el discurso de verdad sobre el poder*; es decir, los discursos de la filosofía y del derecho que se han tenido por verdaderos.

Ahora bien, centrarse en el entorno de las guerras y las luchas no significa para el autor ocuparse de las batallas, de la sangre derramada, de la confrontación directa entre hostiles. Por el contrario, Foucault toma un camino transversal, situándose en el nodo de los discursos tradicionales sobre el poder que, a su juicio, se encuentra constituido por el discurso sobre la soberanía: es a propósito de este concepto crucial como los filósofos y los juristas logran producir esa alquimia, esa magia que invisibiliza y disuelve el hecho histórico

8 Michel Foucault. "La guerra en la filigrana de la paz". En: *Genealogía del racismo*. *Op. cit.*, pp. 51-56.

9 *Ibíd.*, pp. 55-57.

de la guerra y la experiencia de la dominación-sujeción, para sustituirlas por una noción abstracta de soberanía desde la cual se harán devenir los derechos de los ciudadanos y, sobre todo, la obligación de obedecer.

(...) el problema para mí es evitar la cuestión central para el derecho, el de la soberanía y el de la obediencia de los individuos a ella y hacer aparecer en lugar de la soberanía y la obediencia el problema de la dominación-sujeción.¹⁰

Se trata pues de evitar el asunto de la soberanía, de hacerle un esguince; no porque Foucault la niegue, sino porque para él las nociones filosóficas sobre la soberanía serían una suerte de obstáculo epistemológico para entender la dominación-sujeción. La adopción de esta nueva perspectiva implica el desarrollo de algunos presupuestos analíticos, entre los cuales estarían los siguientes:

- No empezar las reflexiones por el centro del poder, por sus cúpulas, por sus aspectos más generales y comprensivos, sino captar esa relación de dominación-sujeción donde el poder se hace capilar, esto es, en los márgenes, en los límites, en las extremidades, donde los instrumentos del poder pueden llegar a ser violentos o se pueden distorsionar en relación con las normas emanadas desde las cúpulas.¹¹
- No formularse las preguntas canónicas de todos los estudios sobre el poder; la pregunta por quién lo detenta, qué se propone hacer y contra quién se ejerce; es decir, las preguntas por los dominadores, las intenciones y las estrategias. Por el contrario, el autor propone situar la mirada en otro lugar, en el lugar de los individuos y en las maneras como ellos son constituidos o configurados desde el poder (entendido como dominación-sujeción). En otras palabras, a Foucault le interesa más lo que el poder les hace a los sujetos; cómo los moldea a su imagen y semejanza y cómo contribuye de esta manera a invisibilizar la dominación al hacerla aparecer como algo normal, como el resultado de alguna forma de voluntad general¹². Lo que Foucault estaría proponiendo sería otra inversión de los lugares, los objetos o las miradas. No solamente la que implica asumir que –al contrario de Klausewitz¹³– “la política es la continuación de la guerra

10 Michel Foucault. “Poder, derecho y verdad”. *Op. cit.*, p. 37.

11 Michel Foucault. “La guerra en la filigrana de la paz”. *Op. cit.*, p. 53.

12 *Ibid.*, p. 53; Michel Foucault. “Poder, derecho y verdad”. *Op. cit.*, p. 39.

13 Michel Foucault. “Erudición, saberes y objetos”. *Op. cit.*, p. 31; “La guerra en la filigrana de la paz”. *Op. cit.*, p. 56.

por otros medios”, sino también la que significa que en lugar de examinar ese gran hombre artificial, ese gigante que representa al estado soberano y que reúne, representa o enguye –según se vea– a los sujetos que componen una sociedad (el Leviatán de Hobbes)¹⁴, el análisis se fije en esos pequeños hombres, en esas figuras diminutas cuyo conjunto forma el gran cuerpo estatal (según la imagen que presenta la primera edición del Leviatán). Es en los sujetos que obedecen donde se pueden descifrar las formas más específicas y efectivas del ejercicio de la dominación.¹⁵

- No considerar el poder como un bloque homogéneo, sin fisuras, que se enfrentaría a otro bloque de igual naturaleza, pues para Foucault el poder no es algo susceptible de dividirse en bloques compactos. Por el contrario, se trataría más bien de redes reticulares, de circuitos inestables por donde circulan los sujetos estableciendo relaciones asimétricas y diferenciales con los otros, a veces ejerciendo, a veces sometándose al poder; o las dos cosas a la vez: sujeción frente a unos y dominación en relación con otros: “los individuos nunca son blanco inerte o cómplices del poder; son siempre los elementos de su recomposición.”¹⁶ Así, si el poder es ante todo ejercicio, y si son sujetos quienes lo ejercen, esos sujetos se moverían en redes y circuitos cambiantes y turbulentos, componiendo y recomponiendo las relaciones de poder.

Ahora bien, si la soberanía es el asunto nodal del discurso filosófico y jurídico sobre el poder, es precisamente ese concepto el que sería necesario debatir y volver a pensar. Para ello, Foucault se sitúa en un campo que exigiría una genealogía distinta de la soberanía; una genealogía que es histórica y política y que se pregunta por la manera como se configuran los sujetos que obedecen.

La mirada histórica le implica al autor un proyecto de largo aliento –y muy dispendioso– que supondría reconstruir a lo largo de los siglos las maneras como se han desarrollado en diferentes contextos las relaciones de dominación-sujeción; o, en sus palabras, la búsqueda de un discurso alternativo que olvidándose de las formas institucionales del poder, ponga su mirada en la

14 Sobre el grabado que acompaña la primera edición de El leviatán, véase: José María González. *Metáforas del poder*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 27-42.

15 *Idem*.

16 Michel Foucault. “La Guerra en la filigrana de la paz”. *Op. cit.*, p. 56.

guerra o en las relaciones de fuerza y de contradicción capaces de desatar los demonios de las batallas, los enfrentamientos, las derrotas y las victorias, las conquistas, las invasiones y los armisticios. Habrá que hacerle el esguince a la institucionalidad y a la soberanía para reencontrarse con la guerra.¹⁷

Lo que hace el autor entonces, es volver mucho más explícito eso que llamó al principio *gran sistema de explicación del poder* por la vía de la dominación-sujeción, donde la guerra no es algo que rompa el orden, sino el orden mismo.

Los requerimientos para la construcción de aquella genealogía lo llevan a buscar en los relatos históricos de los siglos XVII y XVIII una tradición distinta de la imperial; que no tomara como base a Roma o al mundo griego –tal como hacen la mayor parte de filósofos políticos–, y que se alejara del esplendor de aquello que fascinó a los juristas, el derecho romano, para buscar relatos que tuvieran como interés primordial la explicación de las guerras y su devenir. Y en esa búsqueda, Foucault encuentra algunas historias escritas al final del medioevo; esa época oscura, gótica, en la cual lo público habría declinado y la guerra regía las relaciones entre los príncipes y sus nobles o entre grupos étnicos de diversos espacios; es decir, esa época en la cual se estaban protagonizando las guerras que él llama “de razas” y que podrían entenderse también como guerras entre etnias, entre pueblos o naciones, por el dominio de un territorio.¹⁸

Así, Foucault recupera algunos autores olvidados y vilipendiados por sus predecesores. Entre ellos, toma de la tradición Inglesa a Eduard Coke y a Jhon Lilburne y, de la historia de Francia, a Boulanvillers y Fuert, entre otros¹⁹. Los textos de estos autores resultan de mucho interés para una genealogía distinta de las soberanías, en tanto que le permitían a Foucault situarse en un momento de la historia donde la guerra no se había estatalizado ni había sido llevada a las fronteras y a los márgenes de la vida social, como de hecho ocurrió cuando se instauró el Estado moderno, el Estado nacional.

Pero no se trata, como pudiera pensarse, del discurso histórico en general frente al discurso filosófico; no es cualquier tipo de historia la que interesa a Foucault, pues él ve en muchas de ellas simples genealogías del derecho y de la soberanía, así se ocupen de guerras, invasiones y conquistas: cuando las historias

17 *Ibíd.*, pp. 57-58.

18 *Ibíd.*, p. 65 y ss.

19 *Idem.*

se dedican a hacer el relato de la sucesión de los reyes y de los poderosos, de la antigüedad de los reinos, de las gestas gloriosas de los antepasados, lo que estarían logrando, según Foucault, sería enunciar la antigüedad del derecho de los dominadores a gobernar, la continuidad del poder, la permanencia de la ley; o, en otras palabras; esas historias canónicas estarían aludiendo a una soberanía que habría existido desde siempre y que él caracteriza como “historias rituales”, cuya función política sería el reforzamiento de la soberanía.²⁰

El autor busca entonces para su fundamentación del poder, otra genealogía; y la encuentra en algunos relatos escritos entre los siglos XVII y XVIII, que ya no son los de la soberanía y los de los príncipes, sino los del enfrentamiento de razas y naciones; relatos que él considera como antitéticos a los de la filosofía, en cuanto aquellos se ocupan del enfrentamiento permanente de las razas y en ellos desaparece la identificación implícita entre el pueblo y su monarca, entre la Nación y su soberano, que la historia de la soberanía había hecho emerger. Sólo queda en escena la guerra desnuda, la guerra sin artificios ni ropajes, sin glorias; la guerra tal como es.²¹

En este nuevo relato de los autores atrás mencionados, la soberanía no es unificación, continuidad y permanencia o, podríamos decir, no es identidad; la soberanía es pura y simplemente sojuzgamiento, sometimiento de un pueblo a otro o de un grupo a otros por la fuerza de las armas y por la imposición de sus condiciones. Para Foucault, este discurso es importante porque pone de presente una cosa central: que la historia no es un patrimonio común; la historia de “los grandes” no contiene la historia de “los pequeños”; la de los poderosos no es la de los débiles. Este nuevo discurso enuncia un principio central: el de la heterogeneidad. Una es la visión y la situación de los vencedores y otra bien diferente la de los vencidos; lo que para el vencedor es derecho, ley y obligación, para el derrotado es abuso, violencia y extorsión.²²

Este discurso extraño, diferente a los discursos dominantes pero olvidado y desconocido por estos, es un discurso nuevo que él denomina de la *contrahistoria*. Un discurso que no duda en calificar como el primer discurso histórico-político sobre la sociedad, en tanto que parte de otro lugar—distinto—y busca la soberanía por otros caminos: los de la guerra, entendida como

20 Michel Foucault. “La parte de la sombra”. En: *Genealogía del racismo*. Op. cit., pp. 74-78.

21 *Ibid.*, p. 76.

22 *Idem*.

relación social permanente y al mismo tiempo como sustrato insuprimible de todas las relaciones institucionales y de todos los ordenes políticos y legales.²³

Ese discurso (que el llama *nuevo* pero que es obviamente muy viejo) redescubierto por Foucault después de siglos de olvido y de desprecio por parte de los intelectuales de la ilustración, tiene, al decir del autor, una gran virtud: la de ser una historia totalmente opuesta a la de la soberanía y sin relación alguna con la historia romana; es la historia de las derrotas, es la crítica, el ataque, el rechazo al dominio del contradictor y al mismo tiempo la reivindicación del poder propio. Según estos relatos, el poder sería injusto no porque carezca de valores éticos o porque desborde los marcos jurídicos del contrato, sino porque no les pertenece a los derrotados; es un discurso que reivindica derechos no reconocidos o conculcados (de familias, de grupos, de etnias) y que en nombre de ellos, y por ellos, hace la guerra.

El propósito de la historia de las soberanías es establecer la continuidad del poder; señalar que el poder ha estado ahí donde se encuentra ahora y que siempre estuvo allí donde todavía está. Por lo tanto, el de la soberanía, es un discurso que pacifica la sociedad, justifica el poder y funda el orden en la ley; el de la contrahistoria por el contrario, es un discurso que solo apela a la ley y al derecho justo para poder declarar la guerra.²⁴

Foucault señala que el discurso de la contrahistoria no se corresponde con la división entre pueblo y aristocracia, entre ricos y pobres o entre modernidad y tradición –como pudiera pensarse–, sino que se corresponde con la división entre vencedores y vencidos. De hecho uno de los discursos de la contrahistoria que le interesaron al autor, tuvo su origen en Francia y corrió por cuenta de la aristocracia decadente que perdía sus derechos y privilegios, avasallada por el ascenso de la monarquía absoluta. Y otra fuente histórica es la de las guerras de religión en Inglaterra, que escenifican la rebelión de los sectores populares en contra de la nobleza. Se trata de los vencidos y sus relatos; es allí donde se puede establecer de qué manera la guerra funda derecho y mantiene el orden. Orden en el cual es posible descubrir la sangre de las viejas batallas perdidas y el sojuzgamiento de pueblos y de territorios.²⁵

Con estos elementos genealógicos de crítica, Foucault vuelve contra la filosofía política y lo hace precisamente contra aquel filósofo que puso como

23 *Ibíd.*, p. 77 y ss.

24 *Ibíd.*, p. 79 y ss.

25 *Ibíd.*, p. 82.

fundamento del Estado la guerra de todos contra todos: Tomás Hobbes. Sin embargo, no duda en decir que contrariamente a lo que parece, Hobbes no fue el teórico de la guerra sino de la soberanía del Estado, y que en la práctica lo que hizo fue salvar el orden institucional y desdibujar la guerra.²⁶

Para Foucault, lo que estaría en el fundamento del poder según Hobbes no es la guerra, es el miedo; este sentimiento sería el que habría llevado a los ciudadanos a crear el Estado. Para ello Foucault demuestra, primero, que el estado de guerra más que una guerra real, con batallas, ciudades destruidas, incendios y sangre derramada, es una representación donde cada uno de los actores enfrentados, en tanto iguales, se imaginan la fuerza de otro, suponen que van a ser atacados por éste, se previenen y se arman; pero que en sus desarrollos Hobbes habría prescindido de la historia real y de lo que podríamos llamar la guerra como acción o la guerra desnuda.

Después Foucault desarrolla su argumento central en torno de las tres formas consagradas por Hobbes para la instauración de la República. Y demuestra como, incluso en aquella forma de república que se instaura por un triunfo militar que deja claramente establecidos a vencedores y vencidos, éstos, los vencidos, aceptan obedecer; y en tanto que eligen la obediencia—y principalmente por esto—, consagran la soberanía de los vencedores; es decir, transforman a los vencedores en sus representantes, instalan un nuevo soberano en lugar del que fue vencido en la guerra.²⁷

No es entonces la derrota brutal la que funda orden y obliga a la obediencia, sino una decisión racional de los vencidos que, para salvar sus vidas, aceptaron su condición de sometimiento y suscribieron el contrato. La soberanía vendría siempre de los ciudadanos que por miedo a los otros aceptarían de buen agrado la existencia del Leviatán. La diatriba contra Hobbes es la que le permite a Foucault reivindicar la contra-historia o, si se quiere, la vía de las narraciones histórico-políticas para descifrar de qué manera la guerra funda derecho y hace ley.²⁸

Lo que podría deducirse del discurso de la contrahistoria, es que el poder no empieza cuando termina la guerra (teoría del contrato social). Por el contrario, las estructuras jurídicas, la organización del poder y las leyes, son

26 Michel Foucault. "La guerra conjurada, la conquista, la sublevación". En: *Genealogía del racismo. Op. cit.*, pp. 97-108.

27 *Ibid.*, pp. 105-108.

28 *Ibid.*, p. 108.

formas de continuación de la guerra, de esa guerra perpetua y permanente en la cual se fundamenta el mando y la obediencia. La paz y las leyes han nacido en la sangre y en el fango de las batallas y las rivalidades que no eran, como pensaban filósofos y juristas, batallas y rivalidades ideales: la ley nace de conflictos reales, de masacres y conquistas; de victorias que tuvieron efecto en fechas y sitios precisos, que fueron protagonizadas por actores de carne y hueso, y que no son meras abstracciones.

La Ley, de acuerdo con esta perspectiva, no sería un elemento para la instauración de la paz y la convivencia, pues detrás de la ley, la guerra continúa desplegándose y expresándose a través de todos los mecanismos y dispositivos de poder. La guerra, dice Foucault, es el motor de las instituciones; la que hace mover el orden político y, aunque de manera sorda e invisible, ella continúa librándose en muy diversos escenarios en los cuales aparentemente reina la paz. Por ello nadie escaparía a esa relación de dominación–sujeción que la guerra funda; no habría ciudadanos neutrales, pues cada uno de ellos sería el adversario de alguien más.²⁹

Para la contrahistoria la estructura de poder no es piramidal, tal como la piensa la filosofía política y el derecho, sino que tendría una forma binaria en la cual siempre es posible reconocer dos grupos, dos categorías de individuos, dos ejércitos enfrentados. La contrahistoria niega de plano la posibilidad de un tercero, de la neutralidad de éste, o de alguna forma de estructura ternaria donde un soberano pondría orden entre los hostiles: el soberano –o el tercero– estará en uno de los bandos enfrentados; no por encima o por fuera de ellos.³⁰ Este discurso de la contrahistoria niega la soberanía porque niega la posibilidad de que exista algún quiebre entre la guerra y la política; y la soberanía no sería cosa distinta de la imposición de la ley sobre los vencidos: la ley encarna otra manera de hacer la guerra.

Otra característica que rescata Foucault de la contrahistoria, es el lugar desde el cual se enuncia ese discurso que es precisamente lo que le otorga el carácter de verdad. Como se trata de una estructura binaria, el relato es de una de las partes en la contienda; son textos que podríamos llamar “de parte” o de partido. Los narradores hablan en primera persona del singular o del plural: yo o nosotros, y no desde una posición externa al conflicto, aparentemente neutral y universal que examine todas las aristas de los acontecimientos.

29 *Ibíd.*, pp. 121-122.

30 *Ibíd.*, p. 121.

Esto, aunque parezca paradójico o equivocado, es lo que le otorga el carácter de verdad a la contrahistoria; allí se cuenta la historia de lo que le aconteció a una de las partes, se recobran las memorias, se conjuran los olvidos, se presentan los adversarios tal y como aparecen a los ojos de la contraparte; allí se reclaman derechos que se consideran conculcados y no reconocidos. En suma, se trata de un discurso anclado en la realidad histórica, en los acontecimientos concretos, en situaciones vividas por los protagonistas; un discurso descentrado, particular, específico que no apela a lo universal o a la abstracción, que es precisamente lo que caracteriza los discursos de la filosofía política y del derecho.³¹

Lo que plantea la contrahistoria iría en contravía de lo que se ha considerado como un discurso de verdad; es decir, la neutralidad, la objetividad y la universalidad. Y precisamente Foucault califica de verdadero un discurso de parte, subjetivo y que incluye referentes míticos e imaginarios. Pero la verdad a la que alude el autor, la que interesa en esta estrategia de recuperar una nueva genealogía de las relaciones de poder-dominación, es la verdad del sujeto, su verdad, la de su grupo o la de una de las partes de esta estructura binaria; y es desde allí donde se podrían descifrar, a juicio del autor, los aciertos y los errores cometidos, los agravios recibidos, el tipo de afrentas o de heridas morales... En fin, la naturaleza de la guerra desnuda.³²

Además –según Foucault– en la medida en que ese sujeto narrador se aleje del centro, de la cúspide del poder, estará en mejores condiciones para observar las maneras y las formas mediante las cuales se despliega la guerra: cómo se percibe la derrota, cuáles estrategias de supervivencia se ponen en acción y cómo se resiste o se evade a los triunfadores. En suma, el discurso de la contrahistoria es un discurso de la verdad porque se trata de desnudar la guerra, de presentarla tal como es, sin velos ni dobleces; y eso es precisamente lo que busca Foucault en su propósito de descifrar de qué manera la guerra se esconde en la filigrana de la paz.

Se trataría entonces de un discurso de verdad, porque el narrador no es el legislador, no es el filósofo, no es el maestro que se sitúa por encima de las partes en una condición de neutralidad, como un tercero entre los adversarios, con el ánimo de imponer una ley general aceptable para todos y un orden político que reconcilie a los ciudadanos.

31 Michel Foucault. "La batalla de las naciones". En: *Genealogía del racismo*. *Op. cit.*, pp. 177-185.

32 Michel Foucault. "La guerra en la filigrana de la paz". *Op. cit.*, pp. 60-64.

La contrahistoria es un discurso asimétrico ligado con situaciones de fuerza, que precisamente permite hacer las preguntas pertinentes sobre la relación de la guerra, la política y el derecho: desde la sombra, desde la otra cara de la medalla, desde lo que no es institucionalidad, ni ley, ni soberanía ni estado; desde la guerra desnuda, ese evento oscuro, terrible, sangriento y caótico pero que sería precisamente el que permitiría realizar los desciframientos de esta compleja relación guerra/ política, imposible de analizar desde el universo de las verdades científicas, jurídicas y filosóficas.³³

A juicio de Foucault, no es posible entender el poder, la política y el derecho, desde ellos mismos o desde las abstracciones y generalizaciones tan tranquilizadoras, tan cómodas y tan seguras que nos ofrecen la filosofía y el derecho. Su llamado pareciera estar orientado a incomodar, a preguntar por lo que no se ve, por lo que no es evidente pero que preside, dirige y orienta la vida de los que obedecen.

Pero a Foucault no le interesa quedarse en la guerra de las razas, de los pueblos, de las naciones, sino hacer una genealogía del racismo, mostrando cómo en la modernidad se presenta un giro significativo hacia una suerte de bioguerra: aquella que ya no se desarrolla entre pueblos diferentes sino contra los enemigos internos y que ocurre cuando el enemigo, el hostil, ya no es un extranjero que invade el territorio sino aquel capaz de afectar el orden social y de desestabilizar el orden político... En los casos del loco, del enfermo, del criminal, del adicto, del que no sigue la norma, del *anormal*, la guerra pasa a ser pensada en términos biológicos como la supervivencia del más apto, del más sano, del más cuerdo y, quizá también, del más banco.³⁴

Lo que desarrolla Foucault en sus reflexiones sobre la guerra –particularmente en el texto citado– es una propuesta de genealogía de la guerra para entender la manera como ella soporta la política y define la ley. Este trabajo –infortunadamente truncado por la muerte del autor– abre perspectivas ineludibles para el análisis de la política y para la comprensión de la guerra y, sobre todo, ha logrado que quienes nos ocupamos de estos temas –por lo menos– no olvidemos más que detrás de la institucionalidad palpita la guerra y que en los códigos podemos reencontrar la sangre seca de muchos derrotados.

33 *Ibíd.*, p. 67.

34 *Ibíd.*, pp. 70-72.